

cidos. Al par que el centro de Aragon era sometido por las armas y la política del general Suchet, todo el contorno de esta hermosa provincia se habia cubierto en pocos meses de partidas osadas y á veces numerosas. Un oficial procedente de Lérida, llamado Renovales, se estableció en el valle de Jaca, al Sur de los Pirineos, en un convento casi innaccesible y veneradísimo en la comarca, el de San Juan de la Peña. En el seno de Navarra un jóven estudiante, cuyo nombre debia ser en breve famoso por sus hechos y los de su tío, Mina, de diez y ocho años entonces, se puso á la cabeza de algunos centenares de hombres, é interceptaba completamente el gran punto de comunicacion con el ejército de Aragon que era el camino desde Pamplona á Zaragoza. Al Mediodía de la provincia, un antiguo oficial, Villacampa, reuniendo en su rededor los restos de los regimientos de Soria y de la Princesa, con cierto número de paisanos fanáticos, dominaba las cercanías de Calatayud, dándose la mano con el coronel don Ramon Gayan, que estaba apostado sobre la sierra de Montalban en la célebre ermita de Nuestra Señora del Aguila al frente de unos tres mil hombres. Ambos se hallaban en relaciones con un guerrillero no menos famoso, el Empecinado, que obstruia el camino desde Zaragoza á Madrid por Calatayud, Sigüenza y Guadalajara. Por último, apoyándose en Tortosa, hácia el bajo Ebro, García Navarro á la cabeza de dos mil quinientos insurgentes, remataba en cierto modo la línea de acometida trazada al rededor de la provincia de Aragon que, muy apaciguada en el centro, se hallaba conmovida en toda la circunferencia.

Después de haber dispersado Suchet el ejército regular de Blake y restablecido el orden en la provincia, puso á hacer guerra á las bandas. Al general Harispe fué el cuidado de perseguir á Mina: tras de una persecucion encarnizada acabó por prender al jóven guerrillero, y sin fusilarle, á tenor de la orden que desde París se le despachará, le envió á Francia, donde debia ser encerrado en Vincennes como prisionero. Mas no bien Mina fué cogido, cuando celoso de su gloria un tío suyo, juntó los restos de su guerrilla y se empezó á mostrar en Navarra. Una expedicion dirigida por Suchet sobre Jaca é hizo que arrobatare á Renovales el monasterio de San Juan de la Peña. De esta suerte, sin limpiar del todo los Pirineos, se habia conseguido desembarazar la carretera de Navarra. Hácia el Mediodía de la provincia el coronel Henriad habia batido y dispersado por algun tiempo la guerrilla del intrépido é infatigable Villacampa, quitándole á Orihuela: otro destacamento francés, habia sorprendido la ermita de Nuestra Señora del Aguila y dispersado á don Ramon Gayan y su gente: expeditos estaban los caminos de Valencia y Madrid de resultas de estos felices golpes de mano, y se podia esperar que, tomadas las plazas de Lérida y de Mequinenza y después las de Tortosa y Tarragona, quedase pacificada la provincia de Aragon y quizá la de Cataluña.

Tanto á la habilidad administrativa como á la habilidad militar de Suchet se debia este progreso, que se estaba muy lejos de conseguir en Vizcaya, en el antiguo reino de Leon y en las dos Castillas. Thouvenot en Vizcaya, Bonnet en Asturias, Kellerman en Castilla la Vieja, se afanaban en vano

por correr tras de las guerrillas, y ya no sabian que hacerse. Verdad es que el pais se prestaba sobremanera á las correrías vagabundas de aquéllas partidas y que otras circunstancias locales redundaban por igual en ventaja suya. Asi, fuera de la naturaleza del terreno, muy escabroso en Vizcaya, en Asturias, en los alrededores de Burgos y Soria, solo en los padecimientos del pais habia causas continuas de sublevaciones. Desde Bayona á Búrgos, desde Búrgos á Segovia, ó desde Búrgos á Somosierra, segun que se tomara el camino de la derecha ó de la izquierda para ir á Madrid, arruinaba al pais el incesante paso de tropas, y esto bastara para impulsarle á la rebeldía hasta contra un gobierno á quien hubiese amado. Además de tener que satisfacer la codicia de las guerrillas, necesitaba aprontar las contribuciones exigidas en viveres ó dinero por las tropas francesas en marcha. Generales no dotados de la cordura de Suchet y sin pensar mas que en alimentar de prisa á las tropas de paso, juntaban donde podian granos, ganado, forrage; á menudo arrancaban de los campos las mieses, ó las daban á comer á sus caballos como yerba, sin cuidarse de mañana, ni del reparto igual de las cargas, y tomando lo que habian menester en cualquier punto á la aventura, y hasta arrebatándolo á la miseria de poblaciones ya arruinadas. Si para colmo de males; el gefe, en vez de ser un militar humano, era un oficial empedernido por veinte años de guerra, agriado por los padecimientos, irritado por los crímenes cometidos contra nuestros soldados, fusilaba á infelices que no habian hecho daño alguno, que á lo mas habian procura-

do defender el pan de sus hijos, y los fusilaban en represalias de los asesinatos consumados por las guerrillas. Estas iban luego detras de nuestros destacamentos y colgaban de los árboles á los soldados franceses que encontraban por los caminos, y junto á ellos y mas de una vez á pobres españoles acusados de haber prestado ayuda á los enemigos comunes; y frecuentemente sobre las victimas se hallaron carteles, donde se explicaban con atroces razones muy atroces asesinatos. Asi en estas desventuradas provincias, maltratadas por los españoles no menos que por los franceses, reinaba una desesperacion sombría, y como en último análisis se atribuian á nuestra presencia todos los infortunios, sobre nosotros solos se cargaban tanto los excesos de nuestros soldados como los crímenes de los españoles.

Numerosísimas eran las partidas en estas comarcas. El Pastor en Guipuzcoa, Campillo en Santander, Porlier en Asturias, Longa entre Aragon y Castilla, Merino en torno de Burgos, el Capuchino y el cura Tapia en las llanuras de Castilla, don Bartolomé Amor en Rioja, Duran en las montañas de Soria, don Camilo Gomez en los alrededores de Avila, en los de Salamanca don Julian Sanchez, bizarro militar, á quien habia arrancado de los campos y henchido de furor la muerte dada á su padre, á su madre y á una hermana, y otra infinidad cuya enumeracion fuera prolija, corrian las montañas á pie, las llanuras á caballo; ya se juntaban para grandes expediciones, ya se separaban para eludir la persecucion de nuestras tropas, y aun á veces, como hizo Porlier en Asturias, si se veian estrechados de cerca,

se embarcaban á bordo de buques ingleses para tomar tierra en otras playas. Sus crímenes eran espantosos y sus destrozos sin medida. Fuera de los heridos y de los enfermos; á quienes degollaban implacables, fuera de los despachos que nos cogian y que revelaban nuestros planes á los ingleses; fuera de la oscuridad que mantenian en rededor nuestro y del atraso á menudo fatal que ocasionaban en la transmision de las órdenes de unos á otros lugares; fuera de las sumas que hacian propias, de la continua inquietud en que obligaban á vivir tanto á los agentes franceses como á los agentes españoles que habian tomado partido por nosotros; estorbaban toda clase de avituallamiento capturando los caballos, las mulas, los conductores, y hasta imposibilitaban el reclutamiento de nuestros ejércitos obligando á los batallones ó escuadrones en marcha á detenerse en el Norte ó á agotar sus fuerzas en correrías infructuosas antes de incorporarse á los regimientos de los cuales iban á completar las filas.

Segun su costumbre enviaba Napoleon en batallones ó escuadrones provisionales de marcha los soldados que debian ingresar en los diferentes cuerpos. Reclutas eran á quienes apuntaba apenas el bozo, guiados por oficiales de desecho, sin capacidad para mirar con esmero por su gente, y sobre todo para mandarla en el peligro, y sin que tampoco dedicaran á su conservacion un interés grande. No bien estos destacamentos llegaban á Pamplona, Tolosa, Vitoria, Burgos, Valladolid, se echaba mano de ellos para las necesidades locales. A estos reclutas, no hechos á la fatiga, se les obligaba á correr detrás de guerrillas infatigables,

y siendo noveles en los combates ó inferiores individualmente á los *bandidos*, cuya persecucion tenian á cargo, se les condenaba de este modo á hacer un aprendizaje mortal en tan cruda guerra. A los quince dias los mas de ellos iban á podrirse á los hospitales, que no eran sino conventos ó templos espaciosos, desprovistos de ropa blanca de medicinas y hasta de camas, infestados de sarnas asquerosas, de devorantes calenturas y presentando en suma el espectáculo mas repugnante. Asi de tantos hombres enviados á los ejércitos de operaciones, una cuarta parte de ellos se les incorporaba á lo sumo. No era menor que la destruccion de los hombres, la de los caballos, y tanto que tropas de trescientos ginetes viéronse reducidos en pocos dias á ochenta ó cien hombres montados. Tan luego como se llegaba á estas primeras estaciones del ejército de España se respiraba una atmósfera pestilenciada y sentiase profundísimo desaliento. Soldados y oficiales se consideraban como sacrificados de antemano á una muerte inútil y sin gloria; y este sentimiento de repulsion y desesperacion subia de punto con la certidumbre ó casi certidumbre de que jamás verian alli á Napoleon á su frente.

Con el fin de destruir las guerrillas que originaban tantos daños, cada uno de los generales que mandaban las diferentes estaciones, se abandonaba á lo que su imaginacion le sugeria para proponer medios ridiculos ú odiosos, tales como dar por el pie á los árboles á cierta distancia de los caminos, desjarretar las mulas y los caballos del pais (1) con el designio de privar á los guerrilleros

(1) Aqui hablo á tenor de la correspondencia autén-

de estos recursos, quemar ó diezmar los lugares que tenían mozos en las guerrillas. Kellerman, el mas sensato de ellos, no sabiendo ya que hacerse, dirigia desde Valladolid al mayor general Berthier estas reflexiones:

«La fuerza de que dispongo es insuficiente á todas luces, pues, además de los cuerpos enemigos á los cuales es preciso hacer cara, hay que guardarse de los numerosos enjambres de *bandidos* y de las fuertes partidas organizadas que infestan el pais, y que por su movilidad y sobre todo por lo que les favorecen los habitantes, eluden todas las persecuciones, y tornan á asomar á vuestra espalda al cuarto de hora de vuestro paso. Este es el sistema de ardidés que al parecer han adoptado los *insurgentes*.

«Permitid, príncipe, que os declare mi opinión con toda franqueza. No es asunto ordinario la guerra de España: sin duda que no hay que temer reveses ó descalabros desastrosos, pero esta nación tenaz mina el ejército con su resistencia en detalle. Vanamente se derriban por un lado las cabezas de la hidra, pues renacen por otro, y si no se opera una revolución en los espíritus no conseguireis sujetar esta vasta península en largo tiempo, y absorberá la población y los tesoros de la Francia. A ganar tiempo aspira y á cansarnos con su constancia: solo por laxitud y por el aniquilamiento de la mitad de la población llegaríamos á dominarla. Tal es el espíritu que á esta nación anima, que ni aun es posible crearse aquí algu-

tica de los generales y del ministro de la Guerra, y nada añadido á los tristes colores del cuadro.

nos parciales. En vano se usa con ella de templanza, de justicia, porque esto apenas os vale alguna consideración, algunos epítetos menos duros, y en un momento apurado un gobernador ó un gefe cualquiera no hallaría diez hombres que osaran armarse en defensa suya.

«Necesítase, pues, de gente; quizá el emperador se enoja de enviarla, pero se necesita para acabar del todo ó contentarse con hacer pie en media España para lanzarse despues á la conquista de la otra media. Entretanto se disminuyen los recursos, se destruyen los medios de la agricultura, se agota ó desaparece el dinero; por mas que uno se rompe la cabeza no se sabe de donde sacar para el sueldo, para la manutención de los soldados, para las urgencias de los hospitales, y finalmente, para los inmensos detalles de cuanto ha menester un ejército que carece de todo. La miseria y las privaciones aumentan las enfermedades y debilitan el ejército de continuo, al par que por otra parte las guerrillas cruzan en todas direcciones, y se apoderan cotidianamente de pequeñas partidas ó de soldados aislados que se aventuran al campo con extremada imprudencia á pesar de las prohibiciones mas terminantes y reiteradas.

«Cuando me engolfo en tales reflexiones me pierdo en ellas, y me confirmo en que se necesitan la cabeza y el brazo de Hércules. Solo él, con la fuerza y la maestría, puede terminar este asunto, si este asunto puede ser terminado. (Carta del general Kellerman al príncipe de Neufchatel, que existe en el archivo de la Guerra).

Todo lo cual significaba que, además de fuer-

zas inmensas, se necesitaba la misma presencia de Napoleón para acabar esta guerra odiosa. Aun cuando el cuadro bosquejado por el general Kellerman nada tuviese de exagerado, y bien que el odio de la nación española hacia nosotros fuese tan ardiente como lo describía, no eran realmente las dificultades graves por igual en todas las provincias. Con tiempo, con perseverancia, destruyendo primero los ejércitos regulares, dedicándose sobre todo a expulsar á los ingleses, y aplicándose, tras de quitar así á los españoles toda esperanza de formal resistencia, á administrar bien el país, resignándose á gastos de monta para aliviarle del peso de la guerra, lo cual suponía un enorme empleo de hombres y de dinero, cabía en lo posible salir adelante con la empresa. Sobreveniendo en seguida la paz general, podía quedar por segunda vez consumada la obra de Luis XIV en circunstancias tan difíciles cuando menos como las que halló Felipe V, mas la primera condicion estribaba en aplicar todos los recursos de Francia y todo el genio de Napoleón exclusivamente á esta obra.

Segun acabamos de manifestar, la sumision de las provincias del Norte era la que, tanto por la naturaleza del terreno como por la exasperacion de sus pobladores, ofrecia mayores dificultades. Además de las partidas habia que vencer allí el ejército regular del duque del Parque, llamado ejército de la izquierda, y que estuvo á las órdenes del marqués de la Romana. Este ejército se componía de tropas allegadas de Asturias, de Galicia, de Leon, que el mariscal Soult habia descuidado para meterse en Portugal, que el mariscal

Ney habia rechazado, mas no destruido, y á las cuales fué forzoso abandonar Castilla la Vieja para dirigirse hacia el Tajo, cuando se le previno que fuera á unirse á espaldas del ejército británico á los dos mariscales. Tras de la jornada de Talavera encaminóse el mariscal Ney á París á fin de explicar á Napoleón todos los motivos de las disputas que le habian indispueto con el mariscal Soult gravemente. Su cuerpo, que era el sexto, reducido á nueve mil combatientes por las fatigas y las enfermedades de otoño, se encontraba á fines de octubre de 1809 delante del duque del Parque y de sus treinta mil soldados. Por consecuencia de los reiterados avisos de la Junta sobre que se iba á volver á tomar la ofensiva y aun á marchar contra Madrid con el ejército del centro reorganizado, adelantóse el duque del Parque á Tamames, camino de Ciudad-Rodrigo á Salamanca, para ver de contribuir de algun modo á las miras ambiciosas del gobierno de Sevilla. Aprovechándose del ejemplo de los ingleses, situóse con prudencia y alguna habilidad sobre una cadena de lomas de no fácil acceso, y desde cuyas cumbres una infantería que tirase bien podia atajar el paso á las mas bizarras tropas, si no eran guiadas con precaucion suma. Inflamado el general Marchand del espíritu de osadía de su jefe, acostumbrado á no contar los españoles, avanzó el 18 de octubre á Tamames, y no vaciló en atacar la posicion del enemigo, asaltándole en tres columnas y á paso de carga. Delante de las alturas ocupadas por los españoles habia algunos cañones cubiertos por la infantería: de ellos se apoderaron nuestros ginetes en un abrir y cerrar de ojos y despue de acuchi-

llar á los artilleros, mientras que uno de los batallones de nuestra infantería marchaba adelante, recibía á la caballería española con las puntas de las bayonetas y la dispersaba á fusilazos. Pero necesitábase forzar la posición misma, ya logrado este fácil triunfo. A nuestra izquierda dos regimientos, el 6.º de ligeros y el 69.º de línea, al querer trepar á las alturas bajo el fuego de quinientos hombres á quienes su situación tranquilizaba, experimentaron un instante pérdidas enormes, y fueron conducidos á retaguardia por el general Marchand, temeroso de que le costara demasiada gente un ataque tan temerario. Toda la línea siguió este movimiento retrógrado, y por vez primera el intrépido sexto cuerpo se detuvo delante de los españoles. Tanto era el fuego que no pudimos conservar la artillería ganada al enemigo, por haber sido muertos los caballos todos que tiraban de ella.

Insignificante como era este descalabro, bastaba para exaltar á los españoles y alentarles en su proyecto de campaña ofensiva. Y á la verdad ninguna dicha mayor podíamos apetecer que verlos venir sobre nosotros en grandes masas, pues mirados por los combates en detalle día tras día, solo en batallas campales ganábamos triunfos. El gobierno central residente en Sevilla, ya muy dispuesto, sin embargo, de los consejos de sir Arturo Wellesley, á hacer que una vez mas avanzara el ejército del centro, despues de la batalla de Tamames, no vaciló en ordenar la marcha sobre Madrid, ardientemente deseada por muchos personajes que desde la salida de la capital se hallaban confinados en Andalucía. Como la Junta

central creyese al general Egüía demasiado tímido para la empresa, reemplazóle con don Juan Areizaga, joven oficial que se habia distinguido en la batalla de Alcañiz contra las tropas del general Suchet. Atribuyendo este nuevo gefe, dotado de alguna actividad y alguna energía, solamente á los oficiales los reveses de los ejércitos españoles, reformó algunos de ellos, y les sustituyó individuos jóvenes y mas acostumbrados á los grandes peligros de la actual guerra. Su espíritu reformador alcanzó aplausos, y á pesar de las manifestaciones despreciativas de sir Arturo Wellesley, se alimentaron halagüeñas esperanzas de volver á entrar en Madrid muy pronto. Dijose que pues los ingleses no querian manobrar en ningun sentido, se pasarían bien sin ellos, y á tal extremo llegó la confianza, que en el seno del gobierno central se discutieron las providencias que convendría adoptar luego que en Madrid se hiciera asiento.

Reuniendo don Juan Areizaga en Sierra-Morena las tropas de Extremadura, antes acaudilladas por don Gregorio de la Cuesta, las de la Mancha mandadas por Venegas, y además un destacamento de valencianos, atravesó la Mancha durante noviembre y avanzó sobre el Tajo por mas arriba de Aranjuez y hácia Tarancón. A sus órdenes contaba mas de cincuenta mil infantes, algo mejor acostumbrados á mantenerse en línea que los otros soldados de España, ochenta bocas de fuego bien servidas y de siete á ocho mil buenos ginetes. Ocioso es decir que este ejército llamado del centro iba animado de la confianza comun entre los españoles. En Madrid se supo con alborozo

la aproximacion de estos, preparándose á hacerles muy buena acogida.

El mariscal Soult, mayor general del ejército de España desde la partida del mariscal Jourdan, y encargado por consiguiente de regular las operaciones de los diversos cuerpos, anduvo no poco vacilante al pronto en punto á las intenciones que el general español llevaba y que era harto difícil discernir sin duda ninguna. Podía venir el enemigo por el camino de Extremadura desembocando de Trujillo sobre Almaraz y el puente del Arzobispo, por el camino de la Mancha desembocando en Madridejos sobre Ocaña y Aranjuez, y finalmente por el camino de Valencia desembocando de Tarazona sobre Fuentidueña y Villarejo. Teniendo el mariscal gran parte de sus tropas detrás del alto Tajo, hácia Aranjuez, hallábase en proporcion de hacer cara al enemigo en todas direcciones, y no tenia que atropellarse para abrazar cualquier partido. Sus tropas se encontraban situadas de este modo. El sexto cuerpo á las órdenes del general Marchand, habia vuelto á Castilla la Vieja, donde segun se ha visto, vino á las manos con el duque del Parque en la batalla de Tamames. El segundo, que habia mandado personalmente el mariscal Soult y que á la sazón estaba á las órdenes del general Heudelet, se encontraba en Oropesa detrás de los puentes de Almaraz y del Arzobispo, observando el camino de Extremadura. El quinto, bajo el mariscal Mortier, estaba en Talavera dispuesto á apoyar al segundo. El cuarto, mandado antes por el mariscal Lefevre y ahora por el general Sebastiani, se hallaba repartido entre Toledo y Ocaña. El primero, siempre á las órdenes del maris-

cal Victor, estaba delante de Aranjuez mas allá del Tajo, guardando las llanuras de la Mancha hasta Madridejos. La division Dessoles y la guardia real de José ocupaban á Madrid. Con los cuerpos segundo, quinto, cuarto y primero podia juntar el mariscal Soult lo menos sesenta mil hombres de tropas excelentes, doble número del que era menester para dispersar á todos los ejércitos regulares de España. En la imposibilidad de adivinar los planes de un enemigo, que no los tenia, adoptó el mariscal Soult las disposiciones convenientes para ocurrir á todas las eventualidades. De Oropesa trasladó á Talavera el segundo cuerpo del general Heudelet con orden de no apartar los ojos del camino de Extremadura, por donde habrian de venir los ingleses, caso de que se movieran por aquel punto. De Talavera trajo á Toledo el quinto cuerpo del mariscal Mortier, y concentró el cuarto del general Sebastiani entre Aranjuez y Ocaña. El primero, que estaba mas allá de Aranjuez, en medio de la Mancha, fué replegado sobre el Tajo. En esta situacion se podian reunir en dos marchas tres de los cuatro cuerpos para operar en un mismo punto, y por consiguiente se habian previsto todos los casos.

Hácia el 15 de noviembre, habiendo dejado el enemigo completamente el camino de Sevilla por el de Valencia y aparentado dirigirse contra nuestra izquierda, el mariscal Soult llevó el primer cuerpo hácia Santa Cruz de la Zarza é hizo que el general Sebastiani se moviera en el propio sentido. Entretanto don Juan Areizaga, despues de algunas vacilaciones, temió que se le cortara el camino de Sevilla y se le empujara hácia el de Valencia, lo

cual hubiera dejado la Andalucía al descubierto, y así cambió de dirección y marchando por su izquierda encaminóse sobre nuestra derecha hácia Ocaña y frente por frente de Aranjuez. Siguiendo el mariscal Soult atentamente los movimientos del enemigo, trajo el cuarto cuerpo del general Sebastiani de izquierda á derecha y le mandó pasar el Tajo cerca de Aranjuez por el puente de la Reina. De Toledo llamó á Aranjuez al mariscal Mortier con el quinto cuerpo. Con designio de asegurar la unidad de mando puso los cuerpos cuarto y quinto bajo la autoridad superior del mariscal Mortier y los previno que en el día desembocaran sobre Ocaña. Al mariscal Victor le prescribió que con el primer cuerpo cruzara el Tajo entre Villarejo y Fuentidueña, sobre la izquierda de los cuerpos de Sebastiani y Mortier; movimiento algo descosido, y que podia inutilizar la operacion del general Victor, pero que no ofrecia peligro alguno ante un enemigo á quien no tenia por qué temer uno de nuestros cuerpos de ejército, aun hallándose solo. Personalmente partió el mariscal Soult de Madrid con el rey José, la guardia española de este príncipe y el resto de la division de Dessoles.

Durante la tarde del 18 el general Sebastiani se aproximó al Tajo con los dragones de Milhaud, de los cuales solos tres regimientos, el 5.º, 16.º, el 20.º, se hallaban á la sazón á la mano, habiéndolo los otros dos de reconocimiento. Por el puente de la Reina pasó el rio con su caballería, dejando detrás su infantería que estaba aun en marcha. Cuando se abandonan las márgenes del Tajo, para seguir el camino de la Mancha, se sube por pendientes bastante rápidas la falda de una vasta me-

seta, que desde Ocaña se extiende casi hasta Sierra Morena, y compone lo que se denomina llanura de la Mancha. Llegado Sebastiani al borde extremo de esta llanura, divisó la caballería española que cubria el grueso del ejército de Arceizaga en marcha desde Santa Cruz de la Zarza á Ocaña. Aquella tropa presentaba una masa de cerca de cuatro mil ginetes, bien montados y de muy buen aspecto. No teniendo Sebastiani mas que de ochocientos á novecientos dragones, encontrábase en embarazosa desproporcion de fuerzas. Por fortuna el mariscal Mortier, llegado á Aranjuez al instante, dióse prisa á correr en su ayuda y á enviarle el 10.º de cazadores con los lanceros polacos, de cuyas resultas Sebastiani tuvo á sus órdenes alrededor de mil quinientos caballos.

Inmediatamente asomó sobre la meseta el general Paris que mandaba el 10.º de cazadores y los lanceros polacos, y operó por nuestra izquierda un movimiento ofensivo sobre la caballería española á fin de cogerla de flanco. Hasta entonces esta caballería habia manifestado firmeza, mas, viéndose amenazada por la derecha, quiso replegar parte de su línea hacia atrás para hacer frente al ataque de flanco. Aprovechando la coyuntura el general Milhaud cargó de frente con sus dragones, mientras el general Paris cargaba de flanco con el 10.º de cazadores y los polacos, y aquella masa, tan imponente al principio, fué instantaneamente desbaratada: los lanceros polacos destruyeron un regimiento casi del todo, y cayeron muertos, heridos ó prisioneros de cuatrocientos á quinientos ginetes, quedándonos cerca de quinientos hermosos caballos para remontar nuestra caballería. Por



desgracia el general París recibió una herida mortal cargando personalmente con la mayor bravura. Este brillante hecho de armas era de feliz agüero para la jornada del día siguiente, de la cual se veían ya los preliminares. Con efecto, detrás de la cortina ya desgarrada de la caballería española, distinguióse el grueso del ejército de Areizaga, que iba desde Santa Cruz á Ocaña para presentar allí batalla.

A otro día, 19 noviembre, el mariscal Mortier, general en jefe de los cuerpos cuarto y quinto reunidos entonces, hizo sus preparativos para la jornada: del propio modo que la víspera estuvo la caballería á las órdenes del general Sebastián; á las del general Leval los polacos y los alemanes del cuarto cuerpo; á las del general Girard la primera división del quinto, única en línea, pues la segunda se hallaba todavía en Toledo; á las del general Dessoles, además de la parte de su división allí presente, los regimientos franceses del cuarto cuerpo. Detrás se encontraba la guardia real de reserva. Todas las tropas no subían á más de veinte y tres ó veinte y cuatro mil combatientes, número muy bastan te para desbaratar los cincuenta ó cincuenta y cinco mil hombres del general Areizaga.

La pequeña villa de Ocaña, alrededor de la cual se había concentrado el ejército español, hallase al borde de la meseta elevada, extensa y casi unida de la Mancha. En torno de la villa hay una quebrada que se derriba hácia el Tajo y presenta allí una defensa natural con que se habían cubierto los españoles. Esta quebrada empezaba por nuestra izquierda formando un declive casi insensible.

luego corria delante de nuestro centro, y por nuestra derecha iba á morir al Tajo, formando una cavidad mas abierta y profunda. Mas allá de obstáculo semejante habia, pues, que ir á buscar y á vencer á los españoles. Con mucho seso discurrió el mariscal Mortier que convenia atacarlos por nuestra izquierda y su derecha, allí por donde era fácil trasponer la quebrada apenas naciente. Al general Leval que, como se ha enunciado, llevaba consigo los polacos y los alemanes, fió la cabeza del ataque, é hizo que los excelentes regimientos del general Girard le dieran apoyo. En el centro puso al general Dessoles con encargo de hacer sus disparos por encima de la quebrada y de ocupar así á los españoles hácia su frente. Toda la caballería debió seguir el movimiento de la izquierda para cruzar la quebrada en su origen y caer sobre el ejército español cuando nuestra infantería le hubiera roto. Segun todas las apariencias, la batalla iba á reproducir el encuentro del día antes y se puede decir que bajo la inspiracion del terreno, pues dictaba igual maniobra. Llegando el mariscal Soult con el rey José en el instante en que se ejecutaban estos movimientos, no tuvo mas que confirmar las órdenes por el mariscal Mortier dadas.

A las once de la mañana, acercándose el general Leval briosamente á la derecha del ejército enemigo, cruzó la quebrada en su nacimiento, y se presentó en columna cerrada por batallones. Adivinando el general Areizaga la intencion de los franceses, trajo hácia su derecha toda la artillería con sus mejores tropas. Esta artillería, bien servida, cubrió de proyectiles á los polacos y á los alemanes, que no perdieron el orden de formacion

á pesar de todo. Sin embargo, la infantería española, ya aproximada al pliegue de terreno que habíamos de pasar nosotros, hizo fuego muy nutrido de fusilería que produjo alguna fluctuación en las filas de nuestros aliados. Gravemente herido cayó el general Leval, dos de sus ayudantes de campo quedaron muertos, y desmontados muchos de sus cañones. Entonces el mariscal Mortier mandó al general Girard que entrara en acción inmediatamente, pasando por los huecos de nuestra primera línea, y formando al punto á los regimientos de infantería 34.º, 40.º y 61.º en columna, mientras oponía el 88.º á la caballería española, que amenazaba su flanco izquierdo, cruzó la quebrada, pasó por entre los huecos de los polacos y alemanes, operó este paso de líneas con notable aplomo, bajo el fuego de la caballería contraria, y cargó resueltamente á los españoles. Ante este ataque, ejecutado con tanta precisión como bizarría, los españoles comenzaron á ceder el terreno, cuando hácia Ocaña. Apoyados los regimientos del quinto cuerpo por los del cuarto, que se les unieron por la espalda, prosiguieron su ataque, y vióse á poco iniciarse algun desorden en la masa del ejército enemigo. A este tiempo el general Dessoles, que se había contentado hasta entonces con cañonear á los españoles por encima de la quebrada, cuya profundidad por aquella parte ofrecía un obstáculo embarazoso, no vaciló en cruzarla, al ver que los españoles parecían desordenados. Bajóla, subióla y desembocó súbito sobre Ocaña, de la cual se hizo dueño. Nuestra caballería, situada en el ala opuesta, cayó á la sazón al galope sobre la caballería española, que cubría los

bagajes hácia el camino de Santa Cruz á Ocaña, la deshizo, y precipitóse seguidamente en medio de las masas rotas y fugitivas de la infantería. En breve no hubo ya más que una confusión horrible: habiendo procurado los españoles esta vez mantenerse firmes, pudieron ser alcanzados, envueltos y cogidos: en pocos momentos cayeron cuatro ó cinco mil bajo el sable ó la bayoneta de nuestros soldados, y quedaron en nuestro poder cuarenta y seis bocas de fuego, treinta y dos banderas, quince mil prisioneros, cogiéndose además muchos bagages y por lo menos de dos mil quinientos á tres mil caballos de silla y de tiro.

Tres horas bastaron para dar cima á esta acción dirigida con tanta prudencia como bizarría. El ejército español se podía considerar destruido, como que de cincuenta mil hombres perdió veinte mil por lo menos, y aun no se había llegado al término de las resultas de esta jornada. Con efecto, á otro día los restos del ejército español fueron perseguidos de muerte: los paisanos de la Mancha, menos animados contra nosotros que los de otros puntos, y que distaban mucho de apetecer que hiciera asiento la guerra en su territorio, revelaban á nuestra caballería las direcciones por donde iban los fugitivos. Aun se juntaron de cinco á seis mil prisioneros, lo cual hizo subir á veinte y cinco ó veinte y seis mil el número de soldados perdidos por don Juan de Arceizaga. Por algunos días no hubo mas que dispersos, y no mas llegaron á Sierra-Morena que bandas desorganizadas casi sin artillería ni caballería. Además del efecto moral, que debía ser grande, el ejército francés había adquirido considerable cantidad de